

La escena de la persona: la escritura de las máscaras en *La hora de la estrella* de Clarice Lispector

Celina Domínguez Zacur
UNMdP

Resumen

La novela *La hora de la estrella* de Clarice Lispector posibilita, a partir de la introducción del nombre propio de la autora dentro del texto ficcional, la apertura hacia la noción conocida dentro de la literatura como autoficción. La doble vertiente entre el componente ficcional y el componente autobiográfico, nos habilitará una apertura al espacio escénico de la escritura: la discursividad de la novela imprime en los personajes su papel de máscara, asociados entre sí a partir de sugerencias que se unifican en la voz autoral. Esta misma, como máscara-autor, plantea su dualidad desde un principio como Rodrigo S.M./Clarice Lispector. Nuestro intento será hacer visibles los devenires y desdoblamiento en torno a una escritura que dialoga y se potencia a través de la autfiguración de Clarice Lispector.

Palabras clave

Clarice Lispector; autoficción

La obra de Clarice Lispector propicia un lugar en el que el lenguaje encuentra un límite el cual se intenta franquear: decir el misterio y lo insondable de la existencia. La captura de las intuiciones y sensaciones es la fuerza que la palabra adquiere en Lispector. Su escritura es un acercamiento a formas de percepción innovadoras, donde las cosas y los sentimientos reinstauran su lazo nominal con el mundo: éste aparece nuevo o de maneras excepcionales. La vida y la escritura se reúnen en Clarice en una performance continua, siendo difícil despegar una lectura con tintes autobiográficos de la mayoría de sus novelas y cuentos. La propuesta de este artículo será desandar las subjetividades alternas que *La hora de la estrella* (2011 [original 1976]) presenta en el uso de procedimientos escriturarios como la autoficción. Esta idea surge, creemos, desde un primer acercamiento, donde el estilo intimista y testimonial persiste de manera insoslayable como reverberación de una autorreferencialidad siempre contrastable.

Como menciona Leonor Arfuch en su libro acerca de la configuración de un espacio que focalice “la relevancia de lo biográfico-vivencial en los géneros discursivos contemporáneos” (Arfuch 2010: 54), se parte de la incoincidencia esencial entre autor y narrador pero se intenta vislumbrar y profundizar en las simultaneidades presentes en la escritura de un yo que se esconde con intenciones de ser encontrado. Cruzar el umbral que la metarreferencialidad propone nos conduce también a una vuelta sobre la reflexión en torno a la ficción y los criterios que de ella surgen. En este sentido, nos

remitimos nuevamente a Arfuch para adoptar una visión que resulta adecuada a nuestra propuesta: “no tanto la “verdad” de lo ocurrido sino su construcción narrativa, los modos de nombrar(se) en el relato, el vaivén de la vivencia (...) en definitiva, qué historia cuenta alguien de sí mismo o de otro yo” (2010: 61)

La hora de la estrella es una novela escrita en los últimos años de vida de Clarice Lispector, publicada meses antes de su muerte en 1977. La marca que distingue a la novela se da a partir de tres rasgos: por un lado, la mención entre paréntesis “En verdad, Clarice Lispector” como subtítulo en la dedicatoria del autor, por otro lado, doce títulos más en la portadilla, como opciones posibles al título que se ve en la tapa portada y, finalmente, la inscripción autógrafa entre ellos de la firma personal de Clarice Lispector.

La teoría literaria de las últimas décadas denomina *autoficción* a este fenómeno de escritura híbrida dado por la inscripción del nombre propio. La apuesta de hibridación entonces remite a la conjunción de datos verídicos dentro de una contextualización ficcional, lo cual establece así una suerte de sistema compatible de creencias entre autor y lector, dando lugar a un sitio de frontera, o límite, en que la escritura se tiñe de matices subjetivos. A partir de los criterios abordados por autores que se dedican especialmente al campo de la autoficción en la literatura en lengua española, nos remitimos a las definiciones que propone Manuel Alberca (2005-2006: 1-2) para caracterizar la autoficción:

Aunque la autoficción es un relato que se presenta como novela, es decir como ficción, o sin determinación genérica (nunca como autobiografía o memorias), se caracteriza por tener una apariencia autobiográfica, ratificada por la identidad nominal de autor, narrador y personaje. Es precisamente este cruce de géneros lo que configura un espacio narrativo de perfiles contradictorios, pues transgrede o al menos contraviene por igual el principio de distanciamiento de autor y personaje que rige el pacto novelesco y el principio de veracidad del pacto autobiográfico (...) Podemos considerar las autoficciones hijas o hermanas menores de las novelas autobiográficas, pero en ningún caso debemos confundirlas, pues en las segundas el autor se encarna total o parcialmente en un personaje novelesco, se oculta tras un disfraz ficticio o aprovecha para la trama novelesca su experiencia vital debidamente distanciada mediante una identidad nominal distinta a la suya.

Desde esta mirada, la autoficción por la inscripción del nombre propio estaría ya identificada desde el subtítulo aclaratorio, a lo que también podríamos agregar una perspectiva autobiográfica encarnada en el personaje de Macabea. Manuel Alberca (2007: 32) se refiere a la autoficción como espacio abierto entre lo autobiográfico y lo

novelesco en donde un proceso de imbricación entre lo real y lo ficticio se sustentaría sobre la capacidad creadora que reina en ambos espacios limítrofes. Esta miscelánea o combinación se sostendría en esta misma posibilidad de diferenciación y oposición de ambos aspectos: lo factual/empírico y lo ficcional. Así las narraciones autoficticias manifiestan entonces, una desviación o rodeo en donde el yo es un mero recurso retórico que se desarrolla con pleno entendimiento de su papel ficticio. Por otra parte, Alicia Molero (2000: 42-43 [citada en Puertas Moya 2003: 309]) habla de tres posibilidades de asignación autobiográfica o autoficción en una novela, estas son: *autoalusiva*: ficciones que contienen factores textuales de identificación; *paratextual*: donde la identificación estaría dada a partir de elementos como prólogos, dedicatorias, aclaraciones, etc.; e *intertextual*: la relación en este caso requiere de un conocimiento del lector acerca de otros textos pertenecientes o referentes al mismo autor (entrevistas, biografías, etc.) que permiten establecer mecanismos de identificación. Este último punto podría llamarse también autotextualidad. Las tres determinaciones que singulariza Molero tienen presencia en *La hora de la estrella*, pero antes retomaremos el texto de Alberca para acercarnos entonces sí a la noción de autoficción que resulta pertinente a la hora de hablar de este procedimiento en la escritura de Clarice Lispector. En su obra *El pacto ambiguo*, Alberca realiza una observación acerca de la identificación entre narración y ficción como si fueran sinónimos: “es posible que el lenguaje narrativo condicione el relato de la propia vida, pero esto no presupone una intención ficcionalizadora, si acaso la falta de un medio más idóneo para contar lo vivido” (2007: 47). Esta consideración primordial es la que adoptamos para referirnos a la ficcionalidad en la obra de Lispector. Es decir, la caracterización de un potencial vivencial¹ por encima de la aptitud ficcionalizadora que presenta la ambigua inscripción del nombre propio en la novela. La escritura de Lispector comporta esta impronta de narración, exploración e intimismo de un yo múltiple que se revela enigmático y oscuro pero en donde hablar de ficción como mentira o engaño pareciera traicionar de algún modo su propia escritura. ¿Cómo hacer hincapié entonces en esta cualidad narrativa bordeando una suscripción que se totalice de manera excluyente en el ámbito ficcional, para referirnos entonces a las estrategias textuales en las cuales la autora se autorrepresenta? La coyuntura entre el componente ficcional y el componente autobiográfico habilita la

¹ En este sentido nos remitimos nuevamente a Leonor Arfuch para tomar el término vivencia como lugar de (auto) reconocimiento en tanto se trata de la puntualización sobre un episodio, que puede o no pertenecer a la memoria personal, y prefigura cierta relación interna con la totalidad de la vida en general, en tanto tránsito recíproco y continuo entre el “yo” y el “nosotros”.

recreación de un espacio en el que la novela instala una puesta en escena de su propia escritura.

Remitimos a las etimologías de la palabra *escena* y *persona* para explayar la propuesta de nuestra elección: la primera, se corresponde al lugar en que los sacerdotes griegos cambiaban su indumentaria, que luego pasó a ser el espacio en donde aparecían los actores. En cuanto a *persona*, su etimología también de raíz griega, *pros opón*, refiere a la máscara que utilizaban los actores para representar los distintos roles. A su vez, *persona*, en su etimología latina, desplaza su significado hacia la capacidad de estas mismas máscaras, de “hacer ruido” o funcionar como megáfono.

En la ambigüedad y secreto que involucra la misma idea de *persona* buscamos trazar, a partir de las señales presentes en la escritura, el dibujo de una zona donde el procedimiento de autoficción pueda aludirse, como espacio narrativo en el que se juega una instancia identitaria múltiple y polívoca del sujeto textual. También, el encuentro con una escritura metarreferencial que repliega el enunciado sobre el proceso de enunciación, haciendo visible un estadio tempo-espacial del proceso de escritura. La voluntad de este trabajo será advertir los devenires y desdoblamiento en torno a una escritura que dialoga y se potencia a través de la autofiguración de Clarice Lispector.

Una de las primeras consideraciones nos posiciona nuevamente en la dedicatoria del autor, en la que se enuncia entre paréntesis: “en verdad, Clarice Lispector”. “Rodrigo S.M” es el escritor de clase media desde el cual Clarice disfraza su autoría revelada en el guiño del paréntesis y observable también en la estética de una escritura en la que se encuentran rasgos de autotextualidad con su obra y autoalusión a su vida. En los primeros párrafos se lee: “Me dedico a la nostalgia de mi antigua pobreza, cuando todo era más sobrio y digno y todavía jamás había comido langosta” (2011: 17). Clarice, que vivió su infancia en Recife, donde su familia de origen judío se había instalado luego de migrar desde Ucrania y donde su padre se dedicaba al comercio, considera este período de su vida marcado por la pobreza y la muerte de su madre, cuestión a la que se refiere en algunas de sus entrevistas.

En cuanto a la autotextualidad nos referimos, como menciona Alicia Molero, a las relaciones que puede establecer el lector con otros textos o discursos que formen parte del resto de la obra. Desde el comienzo de la novela, particularmente en la primera frase, encontramos ecos de una estética que responde a reflexiones características y continuas de su obra: “Porque dedico esta cosa (...)”. “La cosa” en Clarice puede tomar distintos matices pero funciona como una categoría dentro de su escritura que se

asemeja a la materialidad del lenguaje y a la experiencia concreta de las palabras. En una de sus crónicas escribe acerca de entender las intuiciones a partir de su puesta en palabras, incluso en el proceso de escribir: “después de escrita la cosa, ¿podría fríamente volverla más clara?” (2011: 180). En efecto, “la cosa”, es una pregunta sin respuesta y es también una posibilidad de transformación, ya que “la cosa” pareciera ser la inmensidad, el todo al cual las palabras van dando realidad de objeto a partir del nombramiento o la invención: “cada cosa es una palabra”. Pero la cosa es entonces lo anterior, un estado primero de conexión con el mundo previo a su captura en el lenguaje. Según Benedito Nunes, en Clarice Lispector el lenguaje quiere llegar a “lo crudo, lo seco, lo árido, lo inhóspito y lo inexpresivo” (citado en Kasztelan 2011). Pero esos intentos de objetividad en Clarice adquieren siempre los matices de su expresión, las revelaciones de un silencio que nunca deja de anunciarse, de hablarse a sí mismo. La paradoja de esta “expresión despersonalizada” va a concluir en lo neutro como estado de las cosas y de la escritura. En su artículo *Literatura y vida*, Gilles Deleuze escribe:

Pero la literatura sigue el camino inverso, y se plantea únicamente descubriendo bajo las personas aparentes la potencia de un impersonal que en modo alguno es una generalidad, sino una singularidad en su expresión más elevada: un hombre, una mujer, un animal, un vientre, un niño... Las dos primeras personas no sirven de condición para la enunciación literaria; la literatura sólo empieza cuando nace en nuestro interior una tercera persona que nos desposee del poder de decir Yo.

La singularidad de lo neutro es aplicable a la identidad del personaje de Macabea. Ella reúne en sí desdoblamientos y contradicciones que desenvuelven su carácter entre extremos: es sucia y pura a la vez, trágica y luminosa, sensible y tonta. Ella no puede hacerse cargo de su condición mujer, no se considera a sí misma persona: la pobreza perfora su cuerpo y su capacidad de manifestarse. Lo neutro en ella es una cualidad de su sexo, fusión de lo femenino y masculino que hay en “Rodrigo S.M\ Clarice” y es también la imposibilidad como categoría propia de la vida. Lo neutro se asemeja al silencio en su no poder decirse. Hacia lo neutro tiende la palabra de Lispector, haciendo de la tarea de escribir una búsqueda incesante como el misterio de la existencia. La singularidad de Macabea es su silencio, su aceptación sin resistencia a la vida penosa que le toca desde niña: su lucha es muda. Por eso uno de los títulos del libro se llama “El derecho al grito”, o “Ella no puede gritar”.

“Rodrigo S.M” es el narrador-personaje masculino bajo el cual Clarice decide ocultarse, adoptando así un juego narrativo de voces entremezcladas, identidades

borrosas de la imagen autoral. La elección de este cambio de género es explicada incluso en el interior de la novela convirtiéndose en uno más de sus temas: la elección de una voz masculina parte de la idea de que una mujer no podría hacerse cargo de narrar la vida de Macabea ya que caería en la debilidad de las sentimentalidades. La narración intenta un tono frío, desnudo y sencillo sobre el destino de la pobre nordestina: “hechos sin literatura (...) de los hechos no hay como huir” (2011: 24). Este intento caerá en una paradoja, pues la identificación sucumbe y moviliza el relato a la hora de dar vida a Macabea: subjetividades multiplicadas y diseminadas, unas dentro de otras, lúdicamente entrelazadas en un movimiento que no hace más que afirmar la imposibilidad de definirse en soledad sino, y en tanto, superación del yo en el más allá que significa el otro, reflejo permutable, *saudade*:

Saudade es un poco como hambre. Sólo ocurre cuando se come la presencia. Pero a veces la *saudade* es tan profunda que la presencia es poco: se quiere absorber a la otra persona toda. Estas ganas de uno ser el otro para una unificación completa es uno de los sentimientos más urgentes que existen en esta vida (Lispector 2011: 85)

O también: “Escribo porque soy un desesperado y estoy cansado, no aguanto más la rutina de serme y si no fuese por la sempiterna novedad de escribir, me moriría simbólicamente todos los días” (2011: 30). La escritura inaugura un espacio en *La hora de la estrella* en tanto proceso que es registrado y analizado desde la narración en el mismo tiempo de la enunciación. La impronta metarreferencial, el paso a paso de la tarea exigente de traducir en palabras la fatalidad de Macabea, invade desde la voz doble de “Rodrigo S.M”, desde la descripción del momento escriturario y su repercusión en el escritor en tanto sujeto que realiza su propio devenir en la escritura, como menciona Deleuze:

Escribir es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso, y que desborda cualquier materia vivible o vivida. Es un proceso, es decir un paso de Vida que atraviesa lo vivible y lo vivido. La escritura es inseparable del devenir; escribiendo, se deviene—mujer, se deviene—animal o vegetal, se deviene—molécula hasta devenir—imperceptible (1996: 1)

El devenir en la novela propaga subjetividades que impiden diferenciar categorías estables entre narrador, autor y protagonista. La historia se escribe en un registro de performance que desconoce su escritura más allá del tiempo presente y transcribe el acontecer simultáneo de los hechos: “al escribir, pegoteada y pegada, va la

intuición. Es peligroso porque nunca se sabe qué ocurrirá – si se es sincero. Puede venir el aviso de una destrucción, de una autodestrucción por medio de palabras” (2011: 150). La imbricación de “Rodrigo S.M” no sucede sólo con la protagonista Macabea, sino también con los otros personajes principales de la novela, Olímpico y Gloria:

ella no pedía nada pero su sexo exigía, como un girasol nacido en una sepultura. En cuanto a mí, estoy cansado. Tal vez de la compañía de Macabea, Olímpico y Gloria. El médico me provocó náuseas con su cerveza. Tengo que interrumpir esta historia por unos tres días (2011: 78).

Olímpico es el personaje masculino que despliega su dominación frustrada tan solo imponente frente a la debilidad de Macabea. Su aspecto hipócrita, orgulloso, despectivo y con aires de criminalidad se alinea con otro personaje secundario, el jefe de Macabea. Olímpico se contrapone a su vez al aspecto masculino del narrador “Rodrigo S.M”, por lo radicalmente femenino que se esconde en el segundo. Gloria se conforma por oposición a Macabea. Es desinhibida, corpulenta y seductora, frente a la neutralidad de Macabea. La comida vuelve sensual a Gloria, a quien, según Olímpico, se la nota fuerte por estar bien alimentada, además de pertenecer a un rango social al que él aspira llegar. Por esto decide quedarse con ella antes que con Macabea, debilucha y casi “incapaz de comprender” las cosas. Para Macabea su limitada vida es una forma de sobrevivir, pero en este choque con la realidad más cruda, su dignidad permanece en un estado puro inamovible.

Dentro de la crítica dada a la literatura de Lispector, un punto en común ha sido ver en su obra un lenguaje particularísimo que no adopta lazo con lo social, y esto como deficiencia al no hacer eco a su contexto histórico (ver Garramuño 2011). Entender la literatura como búsqueda de elementos demostrables por su corte social sería contradecir el potencial liberador y movilizador que la escritura de Lispector inaugura, en la que el conflicto y el acento social van más allá de menciones explícitas. Es en particular en las crónicas periodísticas en las que se relata su opinión sobre acontecimientos sociales que corresponden a su época. También es conocida su participación en movilizaciones culturales sucedidas en Brasil. En la biografía escrita por Battella Gotlib se narra una anécdota contada por Olga Borelli sobre un paseo en la feria de São Cristóvão, cuando Clarice vio en la mirada de una nordestina a su propio personaje Macabea, que ya existía dentro de ella, como afirma en sus testimonios. En el

nombre de la protagonista hay también un rasgo alusivo a la cultura judía y la tradición a la que pertenece Lispector.

La hora de la estrella ensaya en la escritura, formas de existir en el instante, con todo lo que puede ser como acontecimiento vivir el dolor, la pasión y el placer. La agonía de la existencia no depara otro fin más que la muerte, momento próximo tanto a la protagonista como a la autora, en el que el miedo desaparece, el instante se vuelve silencio absoluto: “la muerte es un encuentro con uno mismo” (Lispector 2011: 28)

Lispector adopta la figura entrelíneas del narrador masculino, para desfundar una mirada objetiva en el proceso de la escritura. La fusión con los personajes alcanza por la palabra el umbral de la autoalusión autoral. El cuerpo de quien escribe se esconde detrás de la historia, “carnosos sustantivos y verbos tan elegantes que atraviesan agudos el aire en busca de acción” (Lispector 2011: 73). La escritura involucra, así, una acción que viene desde el cuerpo y repercute en él con un impulso vital que lo atraviesa convulsionando su normalidad. Los personajes multiplican la subjetividad autor, la extienden en palabras, perdiendo en los desdoblamientos la impronta de un solo rostro y adquiriendo más bien la posibilidad de la máscara, que encierra en sí el concepto de persona que se desprende de la novela. No hay una unificación posible a la cualidad de ser, no hay un modo único del yo. Hay, sí, cierto matiz negativo en esto: “¿soy un monstruo o esto es ser una persona?” (2011: 57) La literatura en Lispector intenta dar palabras a los hechos del mundo. Y este propósito hace a la misma instancia de la vida: “Mi camino no soy yo, es otro, son los otros” (2011: 166).

Bibliografía

Libros:

- Arfuch, L. (2010): *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Battella Gotlib, N. (2007): *Clarice, una vida que se cuenta*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Lispector, C. (2011): *La hora de la estrella*. Buenos Aires: Corregidor.
- Lispector, C. (2011): *Revelación de un mundo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Artículos:

- Alberca, M. (2007): « Cap. I: Soy yos ». En *El pacto ambiguo de la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 19 – 58.
- Garramuño, F. (2011): « Una lectura histórica de Clarice Lispector ». En *La hora de la estrella*. Buenos Aires: Corregidor, 95 – 108.

Molero de la Iglesia, A. (2000) citada en Puertas Moya, F. (2003), « Una puesta al día de la teoría autoficticia como contrato de lectura autobiográfica », en *La escritura autobiográfica en el siglo XIX: El ciclo novelístico de Pío Cid considerado como la autoficción de Ángel Ganivet*. Tesis doctoral, Universidad de La Rioja, 299 – 329.

Textos electrónicos:

Alberca, M. (2005 – 2006): « ¿Existe la autoficción Hispanoamérica? ». En Cuadernos del CILHA, N^o 7-8 <http://ffyl.uncu.edu.ar/IMG/pdf/Alberca-3.pdf>

Deleuze, G. (1996): «La literatura y la vida ». En http://enredacion.bligoo.com.ar/media/users/20/1012010/files/30429/La_literatura_y_la_vida_-_Deleuze.pdf

Kasztelan, N. (2011) « Clarice Lispector: la búsqueda de lo neutro ». En Revista No Retornable, N^o 8, <http://www.no-retornable.com.ar/v8/dossier/kasztelan.html>